

de que no podían esperar gran protección del débil monarca que poco después procuraba, con hipócrita sumisión, calmar al papa en la cuestión de Teutberga, á fin de apartar de sí nuevos castigos. De aquí que los dos arzobispos se sometieran á Nicolás I y procurasen recobrar su favor y su gracia. En aquel mismo tiempo, el patriarca Focio, que tan envalentonado se había mostrado, perdió la consideración de que gozaba, con cuyo hecho se demostró plenamente la ineficacia de las censuras temporales y eclesiásticas que desde Constantinopla se habían lanzado contra Nicolás y la completa impotencia del Estado y de la Iglesia de Oriente. El triunfo de Nicolás I estaba decidido; la dominación del pontificado quedaba fundada. El primado del obispo de Roma independiente de Constantinopla había sido reconocido por la última autoridad eclesiástica de Italia que hasta entonces había conservado su independencia, y con la sumisión de los búlgaros á la Iglesia romana habíase extendido hácia el Este la esfera de su poder. En las personas de los arzobispos de Colonia y de Tréveris se había ligado á la Iglesia franca con lazos que, cada vez más estrechos y fuertes, debían destruir gradualmente los antiguos vínculos metropolitanos y hacer que todo el mundo reconociera el gobierno monárquico de la Iglesia regido por el obispo de Roma; y aun cuando el infeliz Lotario II, á pesar de sus continuos tropiezos, no había sido todavía del todo derribado, veíanse en su persona la monarquía y el Estado completamente humillados y su sumisión al sucesor del príncipe de los apóstoles se presentaba como una necesidad moral que muchos llegaban á considerar como política. La situación dominante que el Estado de Carlomagno había ocupado frente de la Iglesia, había desaparecido por completo: el poder supremo espiritual, que hasta entonces le había permanecido sumiso, se había separado de él y se había suscitado un gran cisma en aquel imperio hasta entonces unido. Únicamente era cuestión de tiempo la agrupación de todo el mundo cristiano en torno del obispo de Roma, como agrupado lo habían visto los emperadores romanos, y debía llegar la época en que lo dirigiera como estos lo habían dirigido.

Este tiempo, sin embargo, tardó más de lo que podían imaginarse los exaltados defensores del nuevo orden de cosas universal, pues el pontificado no pudo mantenerse constantemente á la altura á que tan rápidamente había llegado. Con Adriano II (867-872), sucesor de Nicolás I, se inició un movimiento de retroceso: á aquel papa le faltaba la fe de Nicolás en el porvenir del pontificado, su imponente grandeza y la energía que vencía toda resistencia. Adriano, por miedo de un rompimiento completo con la dinastía de los carlovingios, — que era el resultado que amenazaba producir la conducta de Nicolás I hácia Lotario II y sus serviles secuaces eclesiásticos, — procuró encontrar un expediente que resolviera el conflicto con Lotario II y se mostró conciliador y aun sumiso respecto de este, de suerte que Teutberga temió ser sacrificada y el rey abrigó la esperanza de ver legitimado el hijo que de Waldrada había tenido. Un concilio universal debía decidir la cuestión, cuando ocurrió la muerte del rey, que los contemporáneos consideraron como castigo divino. La lucha del pontificado con los griegos tomó entonces un aspecto inesperado. Focio había sido destituido por un sínodo y la sentencia contra él dictada había sido confirmada por una asamblea general eclesiástica que se reunió en Constantinopla. La Iglesia griega parecía también dispuesta á someterse á la supremacía de San Pedro; pero pudo más la antipatía que los griegos sentían hácia los romanos: la Iglesia griega, decían, no puede ser sierva de la romana, y así quedaron por fin rotas las relaciones que habían vuelto á anudarse. En otros asuntos fué también

adversa la suerte al pontificado, el cual ni pudo evitar las rapaces correrías con que los árabes assolaban las costas de Italia, ni impedir el tratado de Meerssen y el robo que al emperador Luis II hizo su ambicioso tío. Pero la derrota moral que esto significaba para el pontificado fué más que compensada por la caída del imperio franco, efecto de la confusión y desunión crecientes que se notaban en la rápidamente degenerada dinastía de los carlovingios. En efecto, al morir sin sucesión el emperador Luis II, Luis el Germánico y Carlos el Calvo, que aspiraban á la corona imperial, procuraron anticiparse el uno al otro para conquistarse el favor del papa: la victoria fué para Carlos el Calvo, que se mostró más sumiso y más pródigo en promesas y que á causa de su debilidad era mucho más agradable al pontífice. Esto cambió el carácter del imperio, que se vió impotente para cumplir su misión y para ser, á los ojos de las naciones, lo que hubiera debido ser desde la restauración llevada á cabo por Carlomagno y Leon III. Al confesar Carlos el Calvo que solo á la elección del papa Juan VIII debía la corona imperial, aceptó la idea de que esta era un don hecho por el obispo romano y demostró que no era hereditaria en la dinastía de los carlovingios. El imperio quedó, pues, sometido á la completa dependencia de los sucesores de San Pedro, siendo estos los que se encontraban al frente del imperio universal germano-romano.

La cuestión estribaba en saber si podrían conservar esta situación y cumplir los deberes que á ella estaban anejos.

CAPITULO VI

FORMACION DE NUEVOS ESTADOS

(870-887)

La prosperidad no fué patrimonio de la dinastía de los carlovingios, y las luchas de familia que conmovieron los fundamentos del imperio á raíz de la muerte de su fundador y agrietaron tan soberbio edificio, se transmitieron como herencia á las posteriores generaciones: lo que había sucedido entre los hijos de Ludovico Pio, se reprodujo entre sus nietos y sus biznietos. El descontento y la intriga reinaban por doquier: el afán de dominar y la ambición, no siempre del todo satisfecha, eran los resortes principales de la política de aquellos impotentes é indignos soberanos, á todo lo cual se añadieron las depredaciones de que fué objeto su reino por parte de indómitos y audaces enemigos extranjeros, y la gran calamidad de los motines, sublevaciones y revoluciones civiles que se reproducían incesantemente.

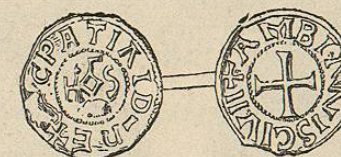
El desarrollo de la civilización, así económica como espiritual, que tanto vuelo había tomado en tiempo de Carlomagno, hacia tiempo que se había paralizado. Los repetidos ataques de los eslavos y de los daneses destruyeron los modestos comienzos de la cultura cristiana y alemana en el Norte; las correrías de los normandos, que saqueaban las costas y los territorios francos del interior, fueron un azote que amenazaba acabar hasta con los antiguos y vigorosos centros de la cultura civil y eclesiástica. Los habitantes de las ciudades más directamente amenazadas, como las situadas en la costa y en las orillas de los ríos navegables, huyeron horrorizados; los conventos y fundaciones pías más florecientes se convirtieron en montones de ruinas; los campos permanecían sin cultivar y en los bosques no se oían los hachazos de los colonos roturadores. El comercio y la industria se concentraron temerosos en un pequeño territorio y aprovecharon los pocos caminos que ofrecían alguna aunque no mucha seguridad. Las relaciones con el extranjero se extinguieron poco á poco. Las tinieblas de la barbarie amena-

zaban envolver el imperio franco y pesaban como losa de plomo sobre la vida intelectual y espiritual de los pueblos. Los florecientes establecimientos literarios y científicos que el clero de la época de Carlomagno había creado y puesto al frente de la vida intelectual, á la cual no permanecía ya ajena la clase laica, no lograron desenvolverse: contrarios á las tendencias monásticas de Ludovico Pio y á ellas con toda intención supeditados, encontráronse, en tiempos posteriores, faltos de las condiciones necesarias para adquirir el más modesto desarrollo. De aquí que el clero, en parte, abrazara la oscura vida monástica y en parte se entregara á la relajación de costumbres, cesando de figurar al frente de la vida espiritual. Entre los laicos, desaparecieron también rápidamente, bajo el imperio de tales circunstancias, los modestos gérmenes de una cultura espiritual, y las clases más elevadas de la sociedad perdieron el interés y la inteligencia para todo lo que no estuviera íntimamente enlazado con las necesidades de la vida diaria. Si se compara la civilización de las comarcas que á fines del siglo IX estaban unidas dentro del imperio franco, con la de sus vecinos del Este y del Sur, los bizantinos y los mahometanos, asalta desde luego la idea de preguntar dónde estaba la verdadera civilización y dónde el atraso con puntas de barbarie.

Aun cuando los tratados de Verdun y de Meerssen no dividieron el imperio carlovingio bajo el punto de vista nacional, tuvieron por consecuencia una división de los pueblos hasta entonces unidos, que resultó por casualidad basada en la nacionalidad de cada uno de ellos. Una vez separados los reinos especiales se desarrollaron en distintas direcciones, pues entonces pudieron manifestarse y convertirse en organismos particulares las divergencias de cada uno, no sujetadas por tendencias unitarias. De esta suerte existió entre los reinos francos del Este y del Oeste un profundo antagonismo que tuvo su expresión en la distinta organización interior que cada uno de ellos se dió. En efecto, en el del Este se conservaron, por regla general, más fielmente que en el del Oeste las antiguas instituciones francas que arrancaban del derecho germánico: las relaciones posesorias y la división social y el orden político que en ellas se fundaban, no se vieron sacrificadas al feudalismo preponderante tan rápida ni tan completamente como en los territorios de Carlos el Calvo. Así como en el Oeste la victoria del feudalismo acabó muy pronto con la libertad del plebeyo, en el Este, las condiciones del derecho feudal solo tuvieron fuerza allí donde se hicieron donaciones de tierras y de siervos á los funcionarios regios, pues, por regla general, la libertad del pequeño propietario fué la base del orden social y político. Además, con los progresos del feudalismo en el reino franco del Oeste se aumentó de tal manera el poder de los vasallos, que la autoridad del rey quedó postergada y solo se extendió en definitiva á aquellos escasos territorios, cada día más reducidos, que estaban directamente administrados por la corona. En aquel reino, además de la dinastía de los carlovingios, hubo muy pronto una porción de familias dinásticas que solo concedían al rey cierta preeminencia honorífica, pero que no querían aparecer bajo el punto de vista político incondicionalmente subordinadas á él. De esto nació un fraccionamiento que no solo tuvo por consecuencia contiendas y guerras civiles sin fin, sino que puso al poco tiempo en tela de juicio la unidad del reino y amenazó dividirlo en una multitud de pequeños Estados. De sufrir esta suerte se vió exenta la porción alemana del imperio carlovingio, pues como en ella se respetaron los antiguos fundamentos del orden político y social germánico, se pudo conservar la primitiva cohesión, á pesar del particularismo que hasta cierto punto comenzó á notarse entre las distintas

razas, y con la cohesión la antigua fuerza. Por eso, no obstante la gran independencia de que gozaban los duques y condes, la monarquía franca oriental conservó siempre el carácter de una monarquía popular. Como esta monarquía tomaba su fuerza de la nación, toda persona enérgica podía ejercer benéfica influencia en su desarrollo y señalarle el camino que debía seguir cuando ocurría alguna gran crisis.

Los dos reinos carlovingios siguieron, pues, dos caminos enteramente opuestos: lo único que tenían de común era la triste herencia de las luchas entre los parientes más próximos de la familia real. El antagonismo, cada vez más profundo, entre Luis el Germánico y Carlos el Calvo, fundado al principio en cuestiones políticas, vióse avivado después por motivos personales. El carácter enérgico, decidido y previsor del soberano franco del Este, que sabía proteger los altos intereses espirituales y que ya en aquella época se mostraba benigno con los enemigos y hasta con los traidores, en nada se parecía al carácter cruel y violento de su hermano, el cual, cuando tenía el más pequeño motivo para abrigar temores, á nadie perdonaba y sabía esperar el momento de vengarse de cual-



Moneda de Carlos II el Calvo.

Anverso. Leyenda circular: GRATIAI D REX; en el centro se ve un monograma que dice: CAROLVS. Reverso. Leyenda circular: AMBIANIS CIVI; en el centro hay una cruz.

quiera ofensa que se le hubiera inferido. Carlos no había olvidado que Luis, en la jornada de Meerssen, le había arrebatado la más rica mitad de los territorios loreneses, y por esto procuraba, por medio de la astucia y de la traición, minar la situación de su hermano en ellos. Únicamente á la vigilancia de Luis, que conocía las intenciones de Carlos y estaba preparado contra sus intrigas, se debió que las traidoras alianzas que contrajo Carlos con algunos magnates del imperio descontentos para promover un levantamiento, no obtuvieran el deseado éxito. Por otra parte, Luis proporcionó un pretexto á los esfuerzos de sus enemigos, pues, sin sacar enseñanza alguna de la experiencia de su padre, se acogió al antiguo principio franco de la división del imperio, introduciendo con ello en su propia familia la intranquilidad y la discordia. Ya en el año 865 había distribuido para lo porvenir su imperio de tal suerte, que su primogénito Carloman, que algunos años antes había intentado emancipar de la soberanía del padre la Marca oriental, cuya administración le había sido confiada, debía recibir los territorios en ella comprendidos y además las comarcas eslavas tributarias y el reino de Baviera; á Luis, su hijo segundo, debían corresponder los territorios franco-orientales, la Turingia y Sajonia; y al más joven, Carlos, la Alemania y la Curwalquia. Poco satisfecho Luis de la parte que le había correspondido, y apoyado por los magnates descontentos, apeló á las armas y no se avergonzó de aliarse traidoramente con sus vecinos los temidos moravos. A pesar de esto, cuando fué vencido no perdió ninguna parte de la herencia que se le había señalado. Cuando Luis el Germánico vió engrandecidos sus territorios en virtud del tratado de Meerssen, y procedió á una nueva división, Carloman fué de tal manera favorecido que los otros dos hermanos, indignados por ello, quisieron hacer valer sus pretendidos derechos rebelándose contra su padre y contra su hermano. El plan consistía en apoderarse por sorpresa de Luis y

obligarle á abdicar, de modo que se le preparaba la suerte que su padre había sufrido. Una dieta reunida en Francfort á fines de enero de 873 determinó los medios para realizar este plan; pero mientras se hacían los necesarios preparativos, el valor abandonó á Carlos, el cual, atormentado por los remordimientos, cayó en un estado de excitación tal, que se creyó perseguido por el demonio y ofreció á los que le rodeaban el horrible espectáculo de un endemoniado. Esto hizo que se descubrieran los planes tramados contra Luis el Germánico. Los hijos rebeldes, afligidos y dando muestras de arrepentimiento, se arrojaron á los pies de su padre, que les otorgó su perdón; además, para aplacar el inquieto afán de moverse de que estaban animados y para apartar todo pretexto de nuevas conspiraciones, concedió á sus hijos la mayor independencia en punto á la administración de los territorios que gobernaban, dejándoles la resolución de todos los asuntos corrientes y reservándose tan solo la de aquellos que eran de mayor dificultad ó importancia. Es muy probable que la condescendencia manifestada por Luis respecto de los deseos de dominar que animaban á sus culpables hijos fuese debida á la consi-



Sello de Carlos II el Calvo (anverso y reverso).

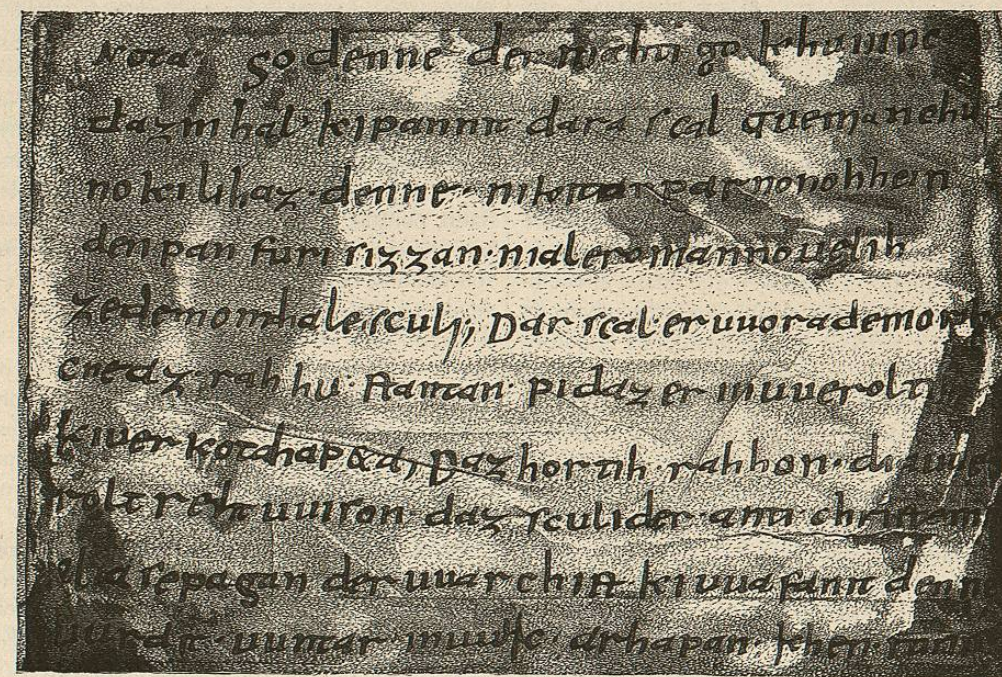
deración de los graves peligros que entonces amenazaban las fronteras del imperio. El principal de ellos era el poder creciente de los inquietos moravos, que á pesar de todas las derrotas y de todos los tratados se levantaban siempre de nuevo, y que debían ocasionar al reino grandes pérdidas y serias dificultades. Después de accidentadas luchas, Carloman y Carlos consiguieron, por medio de una campaña de destrucción en el interior de la Moravia, que les prestara homenaje Suatopluk, sobrino del antiguo y temido príncipe moravo Rastislaw, dejándole, á cambio de esto, una parte de sus territorios con el carácter de feudo franco. Además, Suatopluk, temeroso de la venganza de su tío, y en connivencia con Carloman, que se había unido íntimamente á él, se apoderó por sorpresa de Rastislaw y cargado de cadenas le entregó al rey franco oriental, precisamente en la época en que este se preparaba á proceder con su hermano Carlos al reparto de Meersen. Rastislaw pagó á los francos con la pérdida de la vista y una prisión perpetua la deslealtad de que había dado muestras en sus múltiples rebeliones. Suatopluk, que solo había querido allanarse el camino del trono, siguió muy pronto las huellas de su tío, sorprendiendo y destruyendo un ejército bávaro que había llegado á sus territorios para sofocar una pequeña sublevación y al cual se había él agregado con el carácter de aliado. Con esto los francos perdieron el fruto de tan largas y difíciles luchas. La campaña que emprendió Carloman contra el traidor, en 872, tuvo un éxito desgraciado; la Moravia se hizo independiente y Luis el Germánico tuvo que resignarse á reconocer á Suatopluk como soberano hereditario de aquel territorio, derrota que apenas pudo ser disimulada por la promesa que hizo Suatopluk de pagar un tributo anual.

Peor aspecto todavía presentaban las cosas en el reino franco occidental. Carlos el Calvo, en contraposición al sis-

tema enérgico á la par que benigno y humano seguido por su hermano mayor, procuraba suplir la fuerza de que carecía su gobierno con una severidad tiránica y á veces con los sangrientos horrores que á su alrededor sembraba. Pero aun cuando de esta manera lograba intimidar á los rebeldes mag-nates y reducirlos por algún tiempo á completa obediencia, no conseguía asentar su ridículo é inestable gobierno sobre bases sólidas. En vano procuraba contener los ataques de los normandos que recorrían las costas; se había hecho preciso comprar á costa de grandes cantidades la retirada de tan temidos adversarios y con ella la libertad de los amenazados territorios. Las luchas en el seno de la familia real, heredadas de su padre, tomaron allí un aspecto deplorable y dieron ocasión á que se desplegaran los instintos de venganza y crueldad que tan arraigados estaban en el corazón de Carlos. Mucho tiempo hacía que Carlos el Calvo había reconocido los peligros que para el imperio y la dinastía traía el principio de la división del país; de modo que aun cuando no pudo prescindir de este principio en absoluto, aprendió lo bastante para aplicarle en la esfera más limitada posible. La suerte sufrida por el imperio de Lotario enseñaba bien claramente cuál había de ser el resultado de una nueva división de los reinos parciales. De aquí que Carlos el Calvo, de los cuatro hijos que había tenido de su esposa Irmintrudis, hija del conde Odon de Orleans, con la cual se había casado á fines del año 842, solo á dos quiso conceder los honores de la soberanía temporal, á saber: á Carlos, á quien concedió el reino de Aquitania, y á Luis, á quien confió la Neustria. Los otros dos, Lotario, de naturaleza endeble que hacía prever un prematuro fin, y Carloman, estaban destinados á la Iglesia. Carloman, á pesar de la resistencia que opuso á seguir la carrera que tan poco se avenía con sus aficiones mundanales y con su indómito carácter, fué consagrado diácono y se proveyó á su subsistencia asignándole las rentas de algunos ricos conventos. Esto no obstante, tomó parte muy activa en las cuestiones de Estado y según parece ejerció gran influencia en el consejo de su padre, á cuyo lado se encontraba todavía en 870, cuando se hizo una tentativa para entrar en posesión de la Lorena. En aquel tiempo se dijo que había pruebas de los planes traidores del joven abad; pero no sabemos cuáles eran estos, ni tampoco podemos decir lo que se proponía conseguir Carloman. Puede, sin embargo, admitirse que quería dejar el estado eclesiástico que le habían obligado á tomar antes de verse ligado á la Iglesia con lazos indisolubles, y obligar á su padre y á sus hermanos á que le restituyeran la porción de imperio que le había sido usurpada. Dado el estado interior del reino franco occidental, no debieron de faltarle auxiliares para esta empresa. Descubierta, sin embargo, su proyectada, un sínodo reunido en Attigny le desposeyó de todas sus abadías, después de lo cual fué reducido á prisión. En prueba de la tirantez de relaciones que reinaba entre el jefe de la Iglesia y el rey Carlos, á consecuencia de la protesta que en vano hizo el papa Adriano II contra el tratado de Meersen, puede citarse el hecho de haber abogado el romano pontífice por Carloman. Gracias á la intervención del papa, el príncipe fué sacado de la cárcel para fijar su residencia en palacio, pero al ser trasladado, logró escaparse y reuniéndose con algunos camaradas desesperados cometió crueles robos, de los cuales fué principalmente víctima la diócesis de Hincmaro de Reims. Carlos, harto ocupado en otras cosas, dejó al respetable obispo el cuidado de tomar las necesarias disposiciones; pero el medio de las negociaciones amistosas, adoptado por el prelado, no dió resultado alguno. El rebelde hijo se resistió también tenazmente á las súplicas de su padre y continuó sus fechorías en la diócesis de Toul, escogiendo después la vecina Borgoña como teatro

de sus hazañas. En vista de ello, hubo que apelar al rigor, lanzando el rey contra los cómplices de Carloman el decreto de confiscación de bienes y de pena de muerte; los obispos les excluyeron de la comunión de la Iglesia, é iguales decretos se lanzaron contra el rebelde príncipe, el cual, en aquella ocasión, tuvo también un defensor y un protector en el obispo de Roma. El papa echó en cara al rey, con duras palabras, la severa persecución de que hacía objeto á su propio hijo, apelando á la fuerza de las armas para arrojarle fuera del imperio y tratando de conseguir que los obispos le excomulgaran. La rebelión de Carloman fué presentada por el papa como un castigo del cielo por la injusticia que el rey había hecho en Meersen á su sobrino; el pontífice añadía que el

rey debía anular lo que se había hecho y procurar reconquistar, por medio de la penitencia y de la enmienda, el favor de la Iglesia, dejando á un legado pontificio el cuidado de resolver la contienda con el hijo. Adriano II dió orden severa á los obispos franco-occidentales para que suspendieran el lanzamiento de excomunión que de ellos había solicitado el rey, amenazando con poner en entredicho á los que á tal mandato faltaran. Las nociones del derecho y del orden estaban en aquellos revueltos tiempos tan pervertidas, los lazos que sujetan á la sociedad y que suelen asegurar la inviolabilidad de ciertas relaciones estaban tan flojos, que la Iglesia tomaba bajo su protección al hijo que se rebelaba contra el padre, á quien ella misma había consagrado rey, y hacia suya,



Fragmento de la poesía *Muspilli*, escrita probablemente por el mismo Luis el Germánico en el devocionario de su esposa. Consérvase este devocionario en la biblioteca del palacio de Munich.

sin reparo alguno, la causa del sacerdote apóstata que al propio tiempo era reo de alta traición, ladrón y asesino, poniéndose de esta suerte en pugna con el Estado y con la Iglesia de la Francia occidental. ¡Cuán inocente resultaba comparada con esta, la conducta, de por sí mala y tan censurable bajo el punto de vista moral, seguida por Gregorio IV, hacia más de cuarenta años en los funestos sucesos de Lugenfelde! ¡Cuán ruinosa debía ser la parcialidad del obispo romano para la consideración y el poder que se esforzaba por conseguir la Iglesia, precisamente en el momento en que se creía con derecho y aptitud para hacerse cargo de la herencia de la decadente monarquía, reemplazar al imperio y tomar á su cargo la dirección laica de la cristiandad de Occidente, que se había escapado de las manos del emperador! Esta conducta de Adriano, que algunos siglos después debía tener su reverso en el apogeo de la lucha entre el pontificado y el imperio, lucha en que se desencadenaron todas las pasiones, únicamente se explica por la indignación que se había apoderado del papa á consecuencia de otro conflicto de poco honroso término para él, suscitado por el soberano franco. De la misma manera que había protegido á Carloman, apoyó el papa Adriano al obispo Hincmaro de Laon, joven sacerdote que con la protección de su tío, Hincmaro de Reims, había obtenido rápidamente los más altos honores y las más ricas prebendas. Habiéndose hecho reo de muchos escanda-

los, un sínodo presidido por el arzobispo decretó, en la forma antigua, que Hincmaro de Laon quedaba despojado de toda dignidad eclesiástica, decreto que fué confirmado por el emperador. Adriano, apoyándose en las falsas decretales de Isidoro, admitió la apelación que el obispo de Laon interpuso y reclamó del rey y del episcopado que le enviaran á Roma y se sometieran á su suprema decisión. Esto dió lugar á una apasionada correspondencia, en la cual el papa usó un lenguaje altanero que ofendió al rey y á los obispos y les excitó á oponer enérgica resistencia. El mismo Hincmaro de Reims, que en la contienda matrimonial de Lotario II había defendido con energía los derechos supremos del obispo de Roma, defendió entonces aun más enérgicamente los amenazados derechos de los metropolitanos y de los sínodos provinciales. La antigua y la nueva constitución de la Iglesia lucharon entonces encarnadamente; y la última no tuvo éxito en sus alegaciones basadas en las falsas decretales de Isidoro, pues fué criticada de un modo contundente en una carta escrita por Carlos el Calvo. En ella se defendían con lenguaje altanero los derechos del Estado y del rey frente de las desmedidas exigencias de la Iglesia y se calificó de inaudita y nunca formulada la pretensión del papa «de que el rey, juez de los culpables, y vengador de los crímenes, así por derecho civil como por derecho eclesiástico, tuviera que enviar á Roma á un condenado por delitos probados, que oponía á la justicia